

jas y en las raíces / cuerpos muertos colgando de la brisa del Sur/ fruta extraña cuelga de los álamos...».

Pienso en Mark Twain cuando dice que «la fuente secreta del humor no es la alegría, sino la tristeza. No hay humor en el Cielo», pienso en los cuentos de Edgar A. Poe sobre

la naturaleza del mal, en todos los genocidios que nuestra Historia ha soportado y todavía soporta, y miro al escritor y a su libro con simpatía, con reconocimiento. —ROSA BURILLO.

Percival Everett, *Los árboles*, Madrid, De Conatus, 2023.

Ocho horas al día Salario mínimo

«**T**RABAJAMOS, algo avanza: ése es el objetivo. ¿El único?, ¿es preciso que el lenguaje se aísle de las cosas, que se abstraiga, para precisamente poder hablar de ellas?».

Un 16 de junio, Thierry Metz, poeta, nacido en París en 1956, de profesión peón albañil, empezaba un Diario. En exergo un proverbio tuareg: «Vivo en un mundo sin hue-llas donde sólo queda la memoria de mi aliento». Comienza el *Diario*: «La empresa de trabajo temporal me ha encontrado un empleo en una cooperativa obrera. Ocho horas al día. Salario mínimo. Después de los mataderos y las fábricas, regreso a la construcción». «Acabaremos a tiempo. Eso es. Eso es lo único que podemos decir. Aquí. [...]». 20 de noviembre. Han transcurrido seis meses; 147 días; 3.528 horas. Última entrada del

Diario: «La gran obra está terminada». No hay ninguna duda de qué obra se trata. Obra (definición): «Lugar donde se está construyendo algo, o arreglando el pavimento. Edificio en construcción. Trabajo de albañilería que se hace en una casa. Trabajo que cuesta, o tiempo que requiere, la ejecución de algo. Labor que tiene que hacer un artesano». Pero hay también otra definición de obra, hay otra obra que también se construye. Que se está construyendo a la vez. Con otros materiales. Con materiales inmateriales. Otra obra que también agota las fuerzas y estraga la mente. Definición: «Cualquier producto intelectual en ciencias, letras o artes, y con particularidad el que es de alguna importancia» (*DRAE*). «Solo nos queda guardar las herramientas en la caseta y marcharnos. Mañana empezaremos otra cosa». Final también

del *Diario*. De la otra Obra. No figura el año. No importa el año. Puede ser cualquier año. Volvamos al principio.

Las entradas son irregulares. Generalmente cortas. Una o varias en el mismo día. Algunos días, semanas incluso, sin anotar nada. O una frase: «Hoy ha venido el arquitecto». Tres líneas (27 de junio): «No expresar sino el instante. La piedra, el hombre, el arco iris. Las palabras que se reúnen aquí. Que me traen de vuelta aquí. Nada más». Seguimos los progresos de la obra de construcción al ritmo de las entradas del *Diario*. Y viceversa, el *Diario* progresa con las anotaciones de cada día de trabajo. Los hombres escriben en las peores condiciones imaginables. No quiero decir con esto, evidentemente, que trabajar en una obra sea comparable a una trinchera, a una ciudad sitiada, o a un campo de concentración. Sencillamente ocho horas al día y el salario mínimo. «No tengo ganas ni de moverme ni de hablar. Eso es lo único que queda en la voz del peón por la noche». Otro día (20 de agosto): «El capataz se lía un cigarrillo. Manuel y Ahmed gastan bromas. Antoine mira a una chica. Louis se sienta al sol en un bloque de hormigón. Alain no dice nada. Pasa gente. Hace calor. Comienza la tarde. Se nos han entumecido las manos durante la comida. Nos disponemos a echarnos una siesta... Pero el capataz mira el reloj. ¿Vamos? Nos levantamos. Hay mucho que hacer. Y no andamos sobrados de tiempo, así que nos callamos porque, de repente, todo se vuelve útil».

En la obra todo está previsto, las dimensiones, los materiales, los plazos, todo menos el obrero. Todo está descrito hasta el más mínimo detalle en los planos. Pero, «¿dónde están quienes lo llevarán a cabo, las personas, las palabras y el esfuerzo físico?». El obrero puede ser cualquiera, cualquiera que sepa obedecer, acatar órdenes, cualquiera que se conforme con el salario mínimo. El obrero es prescindible. El obrero es intercambiable. Y sin embargo sin el obrero no habría obra, aunque le hayan convencido de lo contrario: sin la obra no habría obrero.

Los días siguen pasando. Iguales. Mañana, hoy será ayer. Un día, 28 de junio, anota en el *Diario*: «puede que haya una obra en lo que escribes». Primero demoler. Luego construir. Demoler para construir. Construir para demoler. La violencia de las palabras. La violencia muda del silencio. Thierry Metz es un peón que empuja una carretilla, que coloca una viga, y otra viga, y otra carretilla. Pero es también un poeta que habla de pájaros y de arcos iris. Y hoy es domingo. «Tórrido viento del sur. El manantial que surte al pozo está seco. Pero la ortiga ha encontrado agua. Esta noche prepararemos una sopa. Con el cacareo del gallo. [...] Espero algo que no sucederá...». «Mi domingo es una tierra simplificada».

«Por etapas, lentamente. Avanzamos». Es así también como se escribe un diario. Día a día, a diario. No. No todos los días avanzamos. Algunos retrocedemos. Hay que desandar el

camino. Volver a empezar de nuevo. Retroceder para avanzar. Avanzar para retroceder. Este libro no es una denuncia social. Es el diario de un hombre honesto que acepta su destino. Sencillamente algunos hombres no se conforman sólo con vivir. Porque vivir no es suficiente. Y trabajar cansa. Hoy es domingo. «Y yo no tengo que ausentarme... Mirarte. Escucharte. Nada más. Ya lo ves, somos pobres. Eres las alas que el ángel anhela en sus tinieblas».

Thierry Metz, autor de varios poemarios escritos en los largos periodos de paro entre obra y obra, y acreedor del Premio Voronca en 1988, se quitó la vida a los cuarenta y uno años, en abril de 1997, en un hospital psiquiátrico de Burdeos, donde

había ingresado como consecuencia de su alcoholismo y depresión. El *Diario de un peón* es su obra más emblemática. Es también su obra más célebre y celebrada por la crítica. Por su profunda sencillez. Por su poesía. Por su humanidad.

«Una voz entrecortada, ronca, que se atreve a ser memoria en lo que no es sino urgencia y necesidad, y que tiene lugar, ahí, en los textos». «Mañana empezaremos otra cosa». Otra obra. Otro libro. No espero nada. Mejor, más exacto, más preciso, sin esperanza, pero sin amargura: «Espero algo que no sucederá». —MANUEL ARRANZ.

Thierry Metz, *Diario de un peón*, traducción de Vanesa García Cazorla, Cáceres, Periférica, 2023.

Eclipse moral

EN la obra de Millás (periodística inclusive) lo real y lo irreal están en constante tensión; en *Solo humo* lo irreal –los cuentos de hadas, el pensamiento mágico– se constituye en real. Millás ahonda en el lugar que ocupa lo imaginario en la realidad: Carlos, el protagonista, no solo nota que ha vivido con más intensidad dentro del libro que en la realidad, sino que es capaz de ver la realidad con más perspectivas e interrelaciones que antes de leer. Cuan-

do, no lector confeso, lee, cae en un estado de presencia suspendida, con un pie en la realidad y otro en el delirio, una bilocación reiterada en otros momentos, como sucede en los estados oníricos.

Carlos se sumerge en los cuentos de los hermanos Grimm para encontrar a quien lo engendró y abandonó, de cuyo piso y biblioteca se posesiona al cumplir la mayoría de edad. Ha fantaseado con la anagnórisis, hasta caer en estados febriles, desde que